



La Revolución Rusa en su Centenario

Perspectivas temáticas y narrativas historiográficas

Martín Baña*

Introducción

La Revolución Rusa fue un episodio fundamental para la humanidad. No sólo se trató del primer intento anticapitalista triunfante de la historia sino que también muchos de los fenómenos centrales de los últimos cien años no se pueden entender sin hacer referencia a la experiencia surgida de 1917: la derrota de los nazis, la expansión del Estado de Bienestar o el desarrollo de la Guerra Fría, por sólo nombrar los más resonantes.

Los modos en los cuales ha sido narrada la Revolución han variado de acuerdo a los contextos de producción historiográfica y la intervención de varios factores entre los que se destacan las perspectivas teóricas dominantes, la disponibilidad de fuentes de difícil acceso y los intereses ideológicos en disputa. Diversas corrientes de interpretación han intentado otorgarle un sentido a la experiencia que se proyectó sobre cada uno de sus presentes y, así, condicionó la evaluación de la historia rusa y potenció las posibilidades del comunismo en el mundo. Luego de la disolución de la Unión Soviética en 1991, el interés por el estudio de los sucesos de 1917 perdió peso, tanto por el fracaso del régimen al que había dado nacimiento como por un nuevo contexto en el cual la idea de revolución como medio de transformar el mundo parece haber perdido validez.

En este nuevo escenario, cabe preguntarse sobre el modo de narrar la historia de la Revolución Rusa cien años después: ¿qué sentido tiene hoy explorar su experiencia? ¿Qué es posible rescatar de su legado? Este artículo se propone una revisión de las temáticas, perspectivas y aportes de la historiografía en las vísperas del Centenario de la Revolución Rusa. Se trata de un abordaje de las producciones que se desarrollaron principalmente luego de la caída de la URSS y que conforman hoy el marco de interpretación de la experiencia revolucionaria, en donde se vislumbran, entre otras, una fuerte presencia de la nueva historia cultural y de la perspectiva de la historia transnacional. El objetivo de esta revisión es doble: por un lado, se trata de exponer críticamente las perspectivas temáticas que se desarrollaron en este nuevo contexto; por el otro, se trata de aportar elementos para la construcción de una nueva historia de la Revolución. En ese sentido, aspiramos a que este esfuerzo nos permita comprender mejor ese pasado para proyectarlo hacia nuestro presente, en donde todavía se hacen visibles las formas de dominación contra las que se rebelaron los sujetos en la Rusia de 1917.

Antes de comenzar debemos hacer una aclaración. La revisión propuesta se concentra en lo que consideramos los principales aportes e innovaciones dentro del campo. Como se notará, se trata de una lectura esquemática y parcial —que de ningún modo se pretende exhaustiva— ya que hemos preferido concentrarnos en ciertas temáticas y discusiones que creemos contribuyen a renovar el estudio de la Revolución como también a ampliarlo. De este modo, en las consideraciones finales, propondremos algunas aclaraciones y nuevos interrogantes para invitar al lector a repensar la historia y los sentidos de la Revolución Rusa a cien años de su inicio.

* UBA-UNSAM-CONICET

La Revolución Rusa antes de 1991: entre las corrientes historiográficas y los posicionamientos políticos

Dado el carácter del acontecimiento, la historia de la Revolución Rusa fue narrada desde lo que podríamos considerar como dos grandes vertientes. Por un lado, aquellas que provinieron del campo de la militancia política y, por el otro, aquellas que surgieron a través de las producciones académicas.¹ Respecto del primer caso, es evidente que las interpretaciones sobre la Revolución empezaron a surgir en el mismo momento en el que el régimen al que había dado nacimiento se empezaba a consolidar, a través de publicaciones producidas por sus protagonistas directos, sea que estuvieran del lado vencedor o del lado de los que habían sufrido la derrota.² Así, si en los relatos de aquellos que habían quedado fuera del poder predominaba la condena y el juicio ético, la justificación histórica de los eventos se hacía más evidente en las narraciones emanadas de las plumas bolcheviques.³

Una vez afianzada la Unión Soviética, surgió un relato que monopolizó la interpretación no sólo dentro del régimen sino también en gran parte del campo de la izquierda.⁴ Allí, la toma del poder en octubre aparecía retratada como el evento fundamental y los bolcheviques, al mando de Lenin, como los protagonistas decisivos, ya que eran vanguardia política de la clase obrera. Esta narración permitía construir una línea directa de continuidad entre el líder y los dirigentes posteriores, legitimando así al partido y su lugar dentro de la estructura de poder de la URSS.

A pesar de la fuerza predominante de la ortodoxia de Moscú, surgieron dentro de la izquierda otras interpretaciones que intentaron cuestionarla. Sin ser del todo homogéneas, estas versiones “herejes” se pueden concentrar en tres grandes corrientes: la tesis del “capitalismo de Estado”,⁵ que ponía el acento en la diferencia entre la estatización y la socialización de los medios de producción realizada por el gobierno revolucionario; la tesis trotskista del “estado obrero degenerado”,⁶ que veía a la URSS como una “traición” de los ideales y aspiraciones de la Revolución; y la tesis de lo que se podría denominar como “colectivismo burocrático”,⁷ que depositaba en 1917 el origen de una nueva clase dominante, la burocracia.

A pesar de su situación marginal respecto de la academia, cada una de ellas aportó elementos teóricos de gran significación para pensar críticamente la sociedad soviética y rescatar eventualmente el aporte de la Revolución en contextos en donde todavía se creía posible una reforma dentro de la URSS. Las intervenciones demostraron además que el principal obstáculo para una crítica de la experiencia de la Revolución no era epistemológico sino político y, gracias a ello, se manifestaron como el mejor lugar para el desarrollo del pensamiento marxista, más apropiado incluso que el propuesto por el dogma soviético. Sin embargo, la narración que prevaleció dentro de la izquierda siguió centrándose en Octubre, la clase obrera y los principales líderes del Partido bolchevique. Más aún, todavía hoy la historia de la Revolución se sigue pensando en términos teleológicos y con categorías surgidas incluso antes de 1917.⁸ Esta pereza por repensar la Revolución Rusa, entre otras cuestiones, es lo que le impide a la izquierda tradicional no sólo construir un relato actualizado del pasado sino también pensar estrategias emancipatorias efectivas del presente.

1 Aunque esto no significa que las producciones académicas hayan sido inmune a posicionamientos políticos, más bien todo lo contrario. La distinción tiene que ver, en todo caso, con el objetivo explícito de los autores al momento de producir y publicar sus obras.

2 La mayoría tomó la forma de memorias y crónicas. Por citar algunos de los ejemplos más conocidos, Nicolás N. Sukhanof, **La Revolución rusa** (1917), Barcelona, Luis de Caralt, 1970 [1922]; León Trotsky, **Historia de la Revolución rusa**, Madrid, Sarpe, 1985 [1932]; Viktor Sklovski, **Viaje sentimental. Crónicas de la revolución rusa**, Barcelona, Anagrama, 1972 [1923]; John Reed, **Diez días que estremecieron al mundo**, Madrid, Orbis, Hyspamérica, 1985 [1958].

3 Como se puede observar en el caso de Trotsky, quien elige concluir su monumental obra sobre la Revolución en el momento de la toma del poder por parte de los bolcheviques, sin incluir los acontecimientos que vinieron después, como la supresión del control obrero de la producción o la rebelión de Kronstadt. Ver: Producción Colectiva, **Tiempo de insurgencia. Experiencias comunistas en la Revolución Rusa**, Buenos Aires, Edición de los autores, 2006, pp. 9-11.

4 Y que se expresó en los manuales de historia oficiales. Ver, por ejemplo, **Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS**. Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, 1939.

5 Ver, por ejemplo, Charles Bettelheim, **La lucha de clases en la URSS**, Madrid, Siglo XXI, 1978, 2 vols.

6 Ver: León Trostsky, **La revolución traicionada**, Santiago Ercilla, 1937 y la obra de sus seguidores como Isaac Deustcher, **La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética (1917/1967)**, México, Ediciones Era, 1974 y Moshe Lewin, **El último combate de Lenin**, Barcelona, Lumen, 1970.

7 Ver, por ejemplo, Cornelius Castoriadis, “El régimen social de Rusia”, en Cornelius Castoriadis, **Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto**, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 29-49.

8 Ezequiel Adamovsky, **Octubre Hoy. Conversaciones sobre la idea comunista a 150 años del Manifiesto y 80 de la Revolución Rusa**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1998, p. 159.

Respecto de los estudios académicos, los primeros intentos estuvieron influenciados por la llamada Escuela del Totalitarismo que, entre las décadas de 1940 y 1960, dio lugar al surgimiento de lo que se conoció como “soviología clásica”.⁹ Enmarcados dentro del contexto de la Guerra Fría, estos investigadores construyeron una imagen que le negaba a Octubre la condición de revolución y que, en su lugar, lo presentaba como un “golpe de Estado” llevado a cabo por los bolcheviques, un partido organizado y disciplinado al mando de un líder obcecado como Lenin, quien había aprovechado la situación de crisis abierta por la Primera Guerra Mundial para hacerse del poder.

Estimulados por la enorme cantidad de recursos puestos a disposición para “estudiar al enemigo” y con una notable presencia de politólogos entre sus filas, los soviólogos construyeron una imagen de la URSS que se mantuvo cerca de la experiencia nazi y que insistió en encontrar su clave de interpretación en el régimen político. Entre sus principales postulados, se destacan el énfasis por desarrollar una línea de continuidad entre Lenin y Stalin y por mostrar que los intentos de cambios radicales conducen inevitablemente al totalitarismo. La preferencia por magnificar los alcances de la modernización económica de las últimas décadas del zarismo y la invisibilización de los problemas sociales y económicos estructurales también los condujo a describir a la Revolución como un trágico accidente que apartó a Rusia del camino “normal” de la historia.¹⁰

Hacia la década de 1960 surgieron las primeras voces críticas contra la interpretación totalitaria, a través de la Teoría de la Modernización y, sobre todo, de una corriente “revisionista” surgida dentro la soviología norteamericana.¹¹ En un contexto un tanto más relajado, favorecido por el proceso de desestalinización en la URSS y la crítica de la cultura occidental estimulada por experiencias como el Mayo Francés, las nuevas investigaciones estuvieron dominadas por el trabajo de los historiadores y por un interés más centrado en las dinámicas sociales. De ese modo, intentaron dejar de lado la visión totalitaria de una sociedad pasiva sometida por el régimen y rescataron el componente social de la Revolución, a la cual vieron como el resultado de una genuina movilización popular. Además, demostraron los modos en los cuales se formó una conciencia revolucionaria en los sujetos que la protagonizaron. En estos relatos, los bolcheviques quedaban ubicados como parte de una tradición más amplia y el partido fue caracterizado de un modo más abierto y democrático. Así, se quebraba la línea de continuidad entre Lenin y Stalin y se reconocía la existencia de alternativas al estalinismo.¹² Estas ideas se vieron reforzadas a su vez por los aportes de la Historia Social, en cuyos relatos se solía colocar a los bolcheviques por detrás de las masas, y en donde se buscaba reconstruir, sin caer en falsos esquematismos, tradiciones, culturas y valores específicos de la clase obrera.¹³

Dentro del campo académico estas dos grandes corrientes se disputaron la producción de sentidos sobre la Revolución, prevaleciendo cada una de acuerdo a los contextos en los que habían surgido e imponiendo temáticas y líneas de investigación. La disolución de la Unión Soviética, sin embargo, desprestigió a ambas: a los soviólogos clásicos, por la incapacidad de prever el final, y a los revisionistas, por la confirmación de la inviabilidad de un proyecto comunista.

Una tercera corriente se empezó a hacer visible a partir de 1991, orientándose hacia lo que podríamos denominar el “giro cultural”. El nuevo contexto conformado por el refuerzo de las políticas neoliberales, el creciente desinterés por la historia social, el impacto del posmodernismo y la expansión de ideologías tales como el “fin de la historia” se expresó en un desdén por el período de la Revolución y por un creciente interés, en cambio, por el régimen estalinista, el cual pasó a ser identificado entonces como la auténtica revolución¹⁴ y al cual podía caracterizarse como una “cultura” o una “civilización”.¹⁵ De este modo, la disolución de la URSS no sólo trajo el fin del sueño comunista a nivel mundial y la conformación de más de una docena de nuevos estados sino también una significativa reconfiguración del campo historiográfico.

9 Entre los trabajos fundadores se encuentran Hannah Arendt, **Los orígenes del Totalitarismo**, Madrid, Taurus, 1974; Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, **Dictadura totalitaria y autocracia**, Buenos Aires, Libera 1965.

10 Para una síntesis de esta postura, ver, por ejemplo, Richard Pipes, **The Russian Revolution**, Nueva York, Knopf, 1990.

11 Entre los que se destacan: Stephen Cohen, Sheila Fitzpatrick y Lynne Viola, entre otros.

12 Ver: Stephen Cohen, **Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography, 1888-1938**, Oxford, Oxford University Press, 1980.

13 Ver: Marc Ferro, **La Revolución de 1917 (La caída del zarismo y los orígenes de Octubre)**, Barcelona, Laia, 1975.

14 Ver: Sheila Fitzpatrick, “Introduction”, en Sheila Fitzpatrick (ed.), **Stalinism. New Directions**, Nueva York, Routledge, 2000, pp. 1-14.

15 Ver, por ejemplo, Stephen Kotkin, **Magnetic Mountain: Stalinism as Civilization**, Berkeley, University of California Press, 1995.

La Revolución Rusa luego de 1991: nuevas fuentes para nuevas teorías

Sin dejar totalmente de lado la política y las estadísticas, las nuevas investigaciones prefirieron concentrarse más en prácticas, discursos y rituales. Una serie de factores, además de los enunciados, favorecieron el surgimiento de esta corriente claramente influenciada por la “nueva historia cultural” y cuya presencia se hizo sentir con fuerza dentro del campo en las dos últimas décadas.¹⁶

En primer lugar, debemos destacar el notable mejoramiento en la disponibilidad de las fuentes. Durante la existencia de la URSS la posibilidad de trabajar con documentos estuvo bastante restringida, especialmente para los investigadores extranjeros. Éstos debían confiar en los testimonios de los emigrados, en los pocos e incompletos fondos documentales existentes en bibliotecas europeas y norteamericanas o en excepciones tales como los archivos del Partido de la provincia de Smolensk.¹⁷ La disolución de la URSS supuso una notable mejora en el acceso a las fuentes primarias, aunque con matices: gran parte de archivos tan significativos como los del Politburó y el Comité Central del PCUS todavía siguen estando restringidos.¹⁸ Sin embargo, la posibilidad de acceder de manera directa a los fondos documentales y al propio trabajo de campo dentro de Rusia ha repercutido en una notable cantidad de nuevas producciones. Una de las ventajas con las que se cuenta en este sentido es que al no existir la propiedad privada en la URSS, la disponibilidad de los documentos es casi total. Además, dada la organización política, en donde un único partido político dominaba las estructuras del Estado, los documentos se encuentran disponibles casi por duplicado. La desventaja aquí es que, en muchos casos, se hallan separados y concentrados en cada una de las respectivas reparticiones.¹⁹

En segundo lugar, debemos remarcar los cambios en los enfoques teóricos y las perspectivas metodológicas adoptadas por los investigadores. Aquí se destaca el abandono de la historia social tan dominante en las décadas de 1960 y 1970 y su reemplazo por un “giro cultural”. El impacto generado por autores tales como Michel Foucault, Norbert Elias o Mijail Bakhtin, por sólo citar algunos ejemplos, repercutió en una ampliación del espectro teórico y en un nuevo abordaje de las fuentes disponibles. Una consecuencia inmediata fue que los investigadores optaron por colocar la lupa sobre los discursos y las prácticas de los grupos sociales y por buscar el modo en el cual influyeron en la formación de una identidad revolucionaria.²⁰ El interés por la teoría forzó un corrimiento de las ciencias sociales a las humanidades y el acercamiento a los diferentes teóricos favoreció sobre todo a los jóvenes historiadores rusos que buscaban escapar de los encorsetamientos generados por el marxismo-leninismo.²¹

El mejoramiento en el acceso a las fuentes y la renovación de los enfoques teóricos permitió la emergencia de un doble proceso que se autopotenció: por un lado, teorías que podían contar con una fuerte base empírica y, por el otro, fuentes que podían ser analizadas a través de nuevas conceptualizaciones.²² Así, se hizo visible una serie de cuestiones, como la recategorización de lo político, la búsqueda de acercar el poder del Estado a los patrones de la vida cotidiana y el auge de los estudios comparativos.²³ También se puso de manifiesto la necesidad de superar las categorías que habían nacido con la Revolución y que habían sido empleadas por la historiografía sin demasiado espacio para la reflexión crítica.

Finalmente, debemos tener en cuenta las amplias posibilidades de intercambio entre distintas tradiciones histo-

16 Algunas primeras evaluaciones sobre los aportes de esta corriente se intentaron en Stephen Kotkin, “1991 and the Russian Revolution: Sources, Conceptual Categories, Analytical Frameworks”, *The Journal of Modern History*, 70, n° 2, 1998, pp. 384-425 y en el *dossier* a diez años de la disolución de la URSS publicado en la revista *Kritika* en 2001, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, n° 2, 2001, pp. 229-362.

17 Se trataba de los archivos del Partido de la provincia de Smolensk que habían sido capturados por los alemanes durante la guerra y que fueron luego recapturados por los norteamericanos cuando avanzaron sobre Alemania. Sobre la base de esos documentos Merle Fainsod escribió su clásica obra *Smolensk under Soviet Rule*, que colaboró bastante, para pesar del autor, en la deconstrucción del modelo totalitario. Ver: Merle Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule*, Nueva York, Vintage Books, 1963.

18 Cuestión que se ve reforzada por el celo con el cual el actual gobierno ruso controla la producción de contenidos históricos. Ver: Bruno Groppo, “Los problemas no resueltos de la memoria soviética”, *Nueva Sociedad*, n° 253, 2014, pp. 89-104.

19 Ver: Kotkin, 1991..., *op. cit.*, pp. 391-392.

20 Ver, por ejemplo, Boris Kolonitskii y Orlando Figes, *Interpretar la Revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Universitat de Valencia, 2001.

21 Como se observa en el caso del propio Kolonitskii. Véase Boris Kolonitskii, “On Studying the 1917 Revolution: Autobiographical Confessions and Historiographical Predictions”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 16, n° 4, 2015, p. 758.

22 Ver: Fitzpatrick, *Stalinism...*, *op. cit.*, p. 1.

23 Ver: Kotkin, 1991..., *op. cit.*, p. 386.

riográficas.²⁴ La caída de la URSS permitió un acercamiento mucho más amplio y fructífero entre los historiadores de Rusia y el resto del mundo cuyos canales de comunicación habían estado bastante limitados durante los años de la Guerra Fría. Así, se olvidaron los prejuicios que habían estado presentes en ambas partes: por un lado, los historiadores occidentales dejaron de subestimar la producción rusa por considerarla contaminada de un marxismo de dudosa rigurosidad y, por el otro, los historiadores rusos dejaron de contemplar a las obras de sus colegas occidentales como “falsificaciones burguesas”.²⁵ Por lo demás, los sistemas de becas y los intercambios entre universidades rusas, europeas y norteamericanas favorecieron el acceso a nuevos enfoques teóricos, desde un lado, y a las fuentes, desde el otro. En este sentido, el manejo del idioma por parte de los historiadores nativos resultó fundamental, especialmente para el abordaje de las cuestiones culturales tan en boga.

La consolidación de esta nueva corriente más culturalista tuvo como efecto dejar de lado los viejos enfrentamientos que habían monopolizado los estudios sobre la Revolución durante gran parte del siglo XX entre los soviétólogos, que eran vistos como difusores de los prejuicios de la Guerra Fría, y los revisionistas, que eran considerados como apologetas de la URSS y hasta menospreciados por “marxistas”. Por otra parte, también excluyó la preferencia por una ciencia política más teórica —como elegía la Escuela del Totalitarismo— y por una historia más social —como prefería el revisionismo—. Sin embargo, no descartó del todo los aportes de ambas, ya que siguió lidiando con temas tales como la ideología, cara a los totalitaristas, como también cuestiones vinculadas a las prácticas sociales y la vida cotidiana, más cercanas a los revisionistas. Así, no estamos frente a un rechazo total del revisionismo como tampoco frente a una resurrección parcial del totalitarismo. Más bien de lo que se trata es de una articulación de los aportes de sus investigaciones con los nuevos enfoques y fuentes disponibles.

La Revolución Rusa en su Centenario: enfoques, temáticas, perspectivas

Una de las cuestiones que más llama la atención es que las transformaciones arriba enumeradas no repercutieron del todo en un análisis más detallado y profundo de la Revolución. Por el contrario, los nuevos estudios han demostrado una gran incapacidad para ayudar a comprender el acontecimiento. Como sostiene S. Smith, “mientras que nuestro conocimiento de la Revolución Rusa y de la Guerra Civil se ha incrementado de manera significativa, en varios aspectos claves nuestra habilidad para entender las aspiraciones de 1917 ha disminuido”.²⁶ Una de las explicaciones centrales tiene que ver con el contexto en el cual hoy se investiga: con la caída de la URSS, el auge de políticas neoliberales y el supuesto “fin de la historia”, la idea de revolución ha quedado bastante desacreditada y resulta incluso difícil para los investigadores empatizar con el objeto de estudio.

Sin embargo, a punto de acercarnos al Centenario, no sólo es legítimo preguntarse sobre la manera en el que este contexto actual condiciona el estudio de la Revolución Rusa sino también sobre los modos en el cual los propios historiadores han definido las preguntas y han moldeado nuestro conocimiento sobre el pasado o, en todo caso, qué temáticas han prevalecido dentro del estudio del fenómeno. ¿Cuáles son los interrogantes que los investigadores se hacen hoy sobre la revolución? ¿Qué cuestiones han atravesado de manera significativa sus trabajos? Responder estas preguntas no sólo nos permitirá armar un mapa de la situación para reconstruir un relato que conecte con las necesidades del presente sino que también nos ayudará a visibilizar los problemas que todavía enfrentamos a la hora de recuperar la idea de revolución.

A pesar de ciertas diferencias en cuanto a enfoques y perspectivas, es posible distinguir una serie de tópicos comunes en las investigaciones, que son los que desarrollamos a continuación y los que en la actualidad predominan en las narraciones sobre la Revolución Rusa.

> Transformaciones en el tiempo y el espacio: ¿guerra, revolución o “continuum de crisis”?

Uno de los cambios más significativos en la historiografía se generó en la revisión de dos variables sensibles: las

24 Ver: Kolonitskii, “On Studying”, *op. cit.*, p. 759.

25 Fitzpatrick, **Stalinism**, *op. cit.*, p. 4.

26 S. A. Smith, “The Historiography of the Russian Revolution 100 Years On”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 16, n° 4, 2015, p. 733.

de tiempo y espacio. Las nuevas investigaciones cuestionaron la vieja tendencia de centrarse en las “dos revoluciones” del año 1917 y desarrollaron una cronología más amplia, que se inicia con el estallido de la guerra en 1914 y que finaliza en 1922 con el establecimiento de la URSS. Estas narrativas hacen hincapié en el notable impacto que la Primera Guerra Mundial tuvo en la reconfiguración del panorama político europeo, en la desintegración del Imperio Ruso y en las transformaciones que inspiraron las instituciones soviéticas. Es por ello que hoy se prefiere hablar de un “*continuum* de crisis” del cual la Revolución sería parte.²⁷ Así, la guerra se presenta aquí no como un prolegómeno sino como un fenómeno fundamental para entender el proceso revolucionario.

Esta ampliación cronológica tuvo también su correlato en la cuestión espacial: la historia se corre de la narrativa centrada en Petrogrado y se inserta dentro del marco más extenso del Imperio Ruso. Este corrimiento le permitió distinguir a los investigadores que la Revolución se produjo dentro de un espectro mucho más amplio de descolonización que abarcó a toda Europa Oriental y que no sólo puso fin al poder de los imperios allí reinantes sino que, además, cuestionó el mismo dispositivo de dominación imperial. En ese sentido, la Revolución y la acción de las periferias nacionales anticiparían la oleada descolonizadora que se desplegará con más fuerza luego de la Segunda Guerra Mundial.²⁸

El trabajo que tal vez condensó mejor estas posturas fue el de Joshua Sanborn, **Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire**,²⁹ que generó un notable impacto dentro del campo. Su investigación desarrolló dos grandes ideas: por un lado, que la Primera Guerra Mundial no fue una contienda imperialista sino más bien una de descolonización (sobre todo para el caso de Europa Oriental) y, por el otro, que esa guerra no fue un preludio de la Revolución sino que ambas formaron parte de un único proceso. Así, la experiencia del Imperio en la guerra se podía insertar como parte de una historia mucho más larga de guerra y descolonización desarrollada a lo largo del siglo XX.³⁰ En el contexto del conflicto bélico, el Imperio Ruso fue incapaz de movilizar y gobernar a sus periferias y proveer seguridad, potenciando el caos que, sumado a las resistencias y a las patologías sociales desencadenadas por la contienda, ayudaron a desencadenar la revolución. De esta manera, el nuevo Estado que surge es revolucionario y nacional pero también poscolonial, ya que es el proceso de descolonización el que dominaría el entero *continuum* guerra-revolución, al menos en el lado ruso.³¹

El aporte de esta interpretación historiográfica se cuenta en la posibilidad de observar cómo las privaciones y las dislocaciones que sufrieron los sujetos durante su vida cotidiana impactaron de manera significativa en sus opciones políticas. Por otra parte, pensar en términos de guerra de descolonización y no de contienda imperialista permite correr el foco de atención, centrado tradicionalmente en Berlín, París y Londres, hacia Europa del Este, que es, al fin y al cabo, el lugar en donde estalló el conflicto. Por otra parte, y más allá del modelo que propone el autor (una sucesión de cuatro etapas que van del “desafío imperial” a la “construcción del Estado”, pasando por el “fracaso del Estado” y el “desastre social de la descolonización”), la interpretación es válida para dejar de lado los relatos teleológicos de 1917 y para reconocer los diversos factores que intervinieron en la desintegración de la autocracia, incluyendo su costado “no civilizado” que tanta resistencia generó en la población.³² Finalmente, esta visión permite dejar de lado las historias que se centraban en la “crisis de las élites”, al mostrar que son precisamente las clases dominantes locales las que foguearon la escalada descolonizadora.

Es necesario remarcar también que esta interpretación permite visibilizar la notable descentralización del poder que se generó a partir de Octubre y la magnitud de la insubordinación de las masas. En ese sentido, la famosa Orden n° 1 emitida por el Soviet de Petrogrado cobra aquí otro significado, ya que se sanciona para prevenir el caos más que para producirlo. Sucede lo mismo con la crisis de abril y el paulatino ascenso de los bolcheviques, dos cuestiones que serían imposibles de entender sin referencia directa a las vicisitudes de la guerra. Cabe preguntarse aquí, sin embargo, si una categoría como la de descolonización sirve para explicar toda la dinámica revolucionaria, sobre todo teniendo en cuenta la importancia de otros factores vinculados a la acción de los partidos políticos y del desempeño de los distintos grupos sociales.

27 Ver: Peter Holquist, **Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis**, 1914-1921, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

28 Ver, por ejemplo, Eric Lohr, Vera Tolz, Alexander Semyonov, Mark von Hagen (eds.), **The Empire and Nationalism at War**, Bloomington, Slavica Publishers, 2014.

29 Joshua Sanborn, **Imperial Apocalypse: The Great War and the Destruction of the Russian Empire**, Oxford, Oxford University Press, 2014.

30 Sanborn, **Imperial...**, *op. cit.*, p. 4.

31 *Ídem*, p. 7.

32 Ver: Sanborn, **Imperial...**, *op. cit.*, p. 187.

Críticas aparte, el libro de Sanborn es uno de los mayores aportes y es también la expresión más explícita de una tendencia que se viene observando con fuerza en la historiografía. Así, por ejemplo, Peter Holquist,³³ Vera Tolz,³⁴ y W. Sunderland,³⁵ por citar sólo los casos más notorios, han venido explorando esta preferencia por ampliar los límites cronológicos y espaciales y por situar a la Revolución dentro de marcos interpretativos más amplios. Se trata de un giro interpretativo crucial que se hizo sentir en otras cuestiones fundamentales señaladas por los estudiosos de la Revolución, como el problema de la violencia.

> *Nuevos enfoques sobre la violencia: ¿atraso, ideología o efectos de la guerra?*

Desde temprano, la Revolución Rusa fue el ejemplo preferido para discutir la expansión de la violencia política moderna. Las causas se buscaron en las “circunstancias” del caso ruso o en la difusión de la “ideología”. En el primer caso, la violencia se explicaba como consecuencia de una histórica predisposición del “atrasado” pueblo.³⁶ En el segundo, como una secuela directa de la introducción del marxismo.³⁷ Ambas explicaciones se mostraron ineficientes, sin embargo, para dar con una explicación sólida del fenómeno, en tanto y en cuanto descontextualizaban y deshistorizaban a su objeto de estudio.

Las nuevas investigaciones propusieron superar esta visión indagando las verdaderas causas de la violencia en otros ámbitos y explorando sus efectos reales sobre la sociedad. Con ello se aspiraba a insertar el problema dentro de un contexto más amplio, vinculado a la guerra y la situación geopolítica.³⁸ Si la violencia era efectivamente el producto de una interacción entre determinadas circunstancias y una ideología específica, sostenían estos estudios, era preciso estudiar las causas en las cuales se cruzaron para generar a partir de allí a la nueva sociedad soviética.

Peter Holquist fue uno de los primeros en desarrollar este enfoque. Apoyándose en el marco cronológico y espacial establecido por las nuevas investigaciones, el historiador norteamericano explicó el despliegue de la violencia a través de una serie de factores que se condensaban en un tiempo y un espacio nuevos.³⁹ Así, el período de observación se amplía e incluso se estira hasta 1905. El fenómeno adquiere entonces otra explicación: son las convulsiones domésticas de Rusia luego de la Revolución de 1905 las que, al conectar con la crisis general europea de 1914-1924, diseminan la violencia por todo el territorio. El desarrollo de la Primera Guerra Mundial había dado

nacimiento a una serie de prácticas que iban a ser tomadas por todos los contendientes aunque no para los mismos fines: si algunos iban a ver en la violencia el modo de triunfar en la guerra, otros aprovecharían esa liberación de fuerzas como el medio para plasmar sus ideales revolucionarios.

La guerra hace difuso el límite entre la violencia ejercida sobre los militarizados espacios colonizados y el campo civil doméstico en Rusia. Así, cobran un nuevo sentido muchos de los fenómenos observados durante la Revolución. Por ejemplo, algunas de las prácticas que se creyeron propias de los bolcheviques provinieron de la guerra, como por ejemplo, las deportaciones o las medidas sobre el abastecimiento de alimentos, que incluso empezaron a implementarse bajo el gobierno imperial. En ese sentido, fue el Gobierno Provisional el que consolidó el monopolio sobre el grano, no el partido de Lenin. La Revolución proveyó un nuevo marco para prácticas que estaban emergiendo de una guerra total y, de ese modo, la tendencia de emplear técnicas como herramientas para alcanzar la reorganización revolucionaria del sistema político y de la sociedad es anterior a los bolcheviques. Las convulsiones de Rusia post 1905 chocan con las transformaciones de la crisis europea de 1914-1924, generando en Rusia un nuevo “Tiempo de disturbios” que desemboca en la Revolución.⁴⁰

33 Holquist, **Making...**, *op. cit.*

34 Tolz y otros, **The Empire...**, *op. cit.*

35 Willard Sunderland, **The Baron's Cloak: A History of the Russian Empire in War and Revolution**, Ithaca, Cornell University Press, 2014.

36 Orlando Figes, **La Revolución Rusa (1891-1925). La tragedia de un pueblo**, Barcelona, Edhasa, 2006.

37 Pipes, **The Russian**.

38 Ver, por ejemplo, Arno Mayer, **The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolution**, Princeton, Princeton University Press, 2000.

39 Peter Holquist, “Violent Russia, Deadly Marxism? Russia in the Epoch of Violence, 1905-21”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 4, n°3, 2003, pp. 627-652.

40 Holquist, “Violent”, *op. cit.*, p. 630.

Lo interesante del planteo es observar que la violencia no fue un “invento” de los bolcheviques ni que ellos la ejercieron monopólicamente; tanto los ejércitos blancos como los verdes también emplearon prácticas que anteriormente sólo se atribuyeron a los primeros, como la requisita de granos, el uso de la tortura o la presencia de comisarios políticos.⁴¹ De esta manera, quedaría demostrado que la ideología no es causal directo de la violencia, como tampoco la “herencia” rusa: sus causas son más complejas. El logro de Holquist es ensanchar el panorama para dejar de abordar a la Revolución Rusa de manera aislada y para colocarla dentro del contexto más amplio de la crisis europea, que es de hecho como muchos de los contemporáneos la vieron.⁴² Esta visión de la Revolución y la Guerra Civil Rusa como caso extremo de una más extendida guerra civil europea fue también desarrollada, con matices, por otras investigaciones en las que se destacan los casos de Vladimir Brovkin y Donald Raleigh.⁴³

De estos aportes de desprenden varios efectos de sentido. Uno de ellos es la revisión de la narrativa de la guerra, que solía extenderse sólo hasta 1918, con la firma de los tratados de paz. Con la nueva cronología, la Guerra Civil queda dentro de ese relato y como parte de una misma lógica. Otro efecto es colocar a los blancos, tradicionalmente dejados de lado, dentro del ejercicio de una violencia ideológica como también dejar de presentar visiones romantizadas de los ejércitos verdes, quienes también se hicieron eco de prácticas como las cortes del pueblo o la conscripción obligatoria. La violencia entonces no surge de las aldeas rusas ni de las malignas mentes bolcheviques. Es importada de los frentes de batalla y colocada al servicio de la transformación radical de la realidad. En ese sentido, la violencia de rojos y blancos son dos caras de una misma moneda. Esto nos conecta con un nuevo foco de investigación, el de la multiplicidad de los antagonismos presentes durante la revolución.

> Una sucesión de antagonismos múltiples: ¿quiénes, cuántos y dónde se enfrentaron?

Una dimensión más que significativa dentro las nuevas investigaciones tiene que ver con la descentralización del relato sobre la Revolución y la exposición de múltiples conflictos, que varían de acuerdo a dónde se colocara el foco de la mirada: la capital o las provincias, el campo o la ciudad, Rusia o el resto de las nacionalidades. Si los relatos más convencionales se habían centrado en Petrogrado, la clase obrera y el partido bolchevique, las nuevas investigaciones mostraron que la revolución tuvo múltiples direcciones y experiencias.

En primer lugar, podemos observar la relación establecida entre la capital y las provincias. Los historiadores, por lo general, estudiaron el modo en el cual el modelo de Petrogrado —surgimiento de un doble poder, ascenso de los soviets y apoyo a los bolcheviques— se había replicado de manera directa en el interior.⁴⁴ Sin embargo, hoy es posible sostener que el panorama fue mucho más complejo y que coexistieron una diversidad de experiencias revolucionarias que no siempre fueron una copia fiel de lo que había sucedido en la capital. Como sostiene L. Novikova, “cada provincia e incluso cada distrito tuvieron su propia combinación de factores y, en este sentido, su propia revolución local”.⁴⁵ Los historiadores incluso tienden a evitar la aplicación del modelo del “doble poder” para el interior, ya que fue un fenómeno sólo observable con nitidez en Petrogrado.⁴⁶

En las provincias la situación fue bastante diferente y son varias las experiencias allí observadas: colaboración entre soviets y dumas, soviets con distintos grados de influencia, articulación entre dumas y zemtvos locales, coaliciones de varios partidos, bolcheviques locales que armaban agendas propias más allá de las directivas del centro, soviets que variaban de acuerdo a su composición (como el Soviet de desempleados de Odesa, que tuvo una importancia significativa y desafió a su par de obreros de la ciudad) o soviets que incluso manejaban sus asuntos más allá de lo decidido a nivel nacional.⁴⁷ En todos estos casos, se observa que las condiciones particulares de

41 Kotkin, 1991..., *op. cit.*, p. 399.

42 Lenin, por ejemplo, no era para nada un pacifista y consideraba que “la guerra imperialista debe transformarse en guerra civil”. Ver: Holquist, “Violent...”, *op. cit.*, p. 637.

43 Vladimir Brovkin, **Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922**, Princeton, Princeton University Press, 1994; Donald Raleigh, **Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society, and Revolutionary Culture in Saratov, 1918-1922**, Princeton, Princeton University Press, 2002.

44 Tanto en los estudios soviéticos como en los de las dos escuelas occidentales.

45 Liudmila Novikova, “The Russian Revolution from a Provincial Perspective”, **Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History**, 16, N° 4, 2015, p. 770.

46 Ver, por ejemplo, el citado trabajo de Raleigh, **Experiencing Russia's Civil War**.

47 Ver, por ejemplo, Sarah Badcock, **Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History**, Cambridge, Cambridge University Press, 2007; Tanja Pentter, “The Unemployed Movement in Odessa in 1917: The Social and National Revolution be

cada región impactaron en el modo en el cual el poder político se reconfiguró, más allá de lo que podía verse en Petrogrado. No debemos olvidar aquí la importancia de la ubicación de las guarniciones militares: aquellas ciudades que contaban con una de ellas, estaban prácticamente a su merced.⁴⁸

En segundo lugar, podemos tener en cuenta lo sucedido con las rebeliones campesinas, donde habitualmente los relatos construían un patrón en el que los campesinos se oponían a un nuevo poder que no siempre los tenía en cuenta. Más allá de las formas de acción directa llevadas a cabo contra la requisita de granos realizada por los bolcheviques, las revueltas en el campo tuvieron más que ver con las condiciones locales y con otros factores que no siempre coincidían a nivel nacional, como los grados de desertión durante la Guerra Civil, la disponibilidad de armas en las aldeas y el surgimiento de líderes carismáticos, como sucedió en la famosa rebelión de Alexander Antonov en Tambov.⁴⁹ Así, las revueltas se producían en función de su entorno más inmediato y el contexto regional ayuda a entender mejor el patrón de colaboración/resistencia campesina como también las dinámicas políticas y sociales de la Guerra Civil.⁵⁰

En tercer lugar, debemos tener en cuenta la revolución en las periferias del Imperio, donde las identidades nacionales y sociales se articularon para producir la revolución. La fusión de argumentos étnicos con una agenda social no siempre dio los resultados esperados y varió de acuerdo a las condiciones de cada una de los territorios. También cambió el espectro: ahora se incluían dentro de un contexto internacional.⁵¹ Así, factores tales como la ubicación geográfica, la posibilidad de acceder a fuerzas externas, las divisiones políticas, religiosas y étnicas jugaron un rol fundamental a la hora de pensar los conflictos.

Finalmente, debemos observar la dinámica de la Guerra Civil y las formas de movilización de los recursos, que varió de acuerdo a las regiones y los posicionamientos laborales de los obreros, quienes no siempre se aliaron a los bolcheviques, además de tener en cuenta la movilización de otros grupos sociales más allá de los trabajadores. El entusiasmo y la participación en el Ejército Rojo variaban de acuerdo a las condiciones económicas, lo cual también podía suponer la inclusión en el Ejército Blanco. Por lo general, quienes se alistaban eran los más pobres y los que necesitaban sobrevivir y no morir de hambre, ya que el servicio militar solía garantizar ciertas condiciones de supervivencia (lo cual incluso hacía que muchos cambiaran de bando permanentemente). También se registra el surgimiento de grupos paramilitares, como los formados por *frontoviki*, es decir, ex combatientes que volvían del frente.⁵² Muchos de ellos podían juntar fuerzas y combatir a los bolcheviques en búsqueda de cambios, juntarse simplemente para defender a las aldeas de saqueos o colocarse al servicio de los diferentes bandos de la Guerra Civil.

Todas estas cuestiones señaladas hacen que se reconfiguren los conceptos y que incluso pueda hablarse de “guerras civiles”, en el sentido de que los frentes abiertos fueron varios y no siempre unidireccionales.⁵³ Más aún si se trataba de un frente que no necesariamente tenía que ver con la lucha armada, como podía ser el frente “cultural”.

> *Arte y cultura en tiempos tumultuosos: ¿qué es una revolución cultural?*

El campo de la cultura fue el elegido por gran parte de los historiadores para orientar sus investigaciones, con lo cual aquí los aportes tal vez sean mayores. Los avances fueron en varias direcciones y, desde ese lugar, permitieron construir una nueva imagen sobre la Revolución y sus alcances.

tween Petrograd and Kiev”, en Sarah Badcock, Liudmila Novikova, Aaron Retish, **Russia Home Front in War and Revolution, vol. 1 Russia's Revolution in Regional Perspective**, Bloomington, Slavica Publishers, 2015.

48 Novikova, “The Russian...”, *op. cit.*, p. 773.

49 Ver: Eric Landis, **Bandits and Partisans: The Antonov Movement in the Russian Civil War**, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.

50 Novikova, “The Russian...”, *op. cit.*, p. 778.

51 Ver, por ejemplo, John Paul Himka, “The National and the Social in the Ukrainian Revolution of 1917-20: The Historiographical Agenda”, **Archiv für Sozialgeschichte**, n° 34, 1994, pp. 95-110.

52 Ver: William Rosenberg, “Paramilitary Violence in Russia's Civil Wars, 1918-1920”, en Robert Gerwarth y John Horne (eds.), **War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War**, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 21-39.

53 Ver: Holquist, “Violent...”, *op. cit.*, pp. 643-650.

Un cambio significativo se observó en una dimensión sensible, el de la propaganda política, en donde los bolcheviques habían sido analizados como los maestros en la materia. Sin embargo, las investigaciones demostraron que su utilización no fue muy diferente a la observada en los países centrales del mundo. Más aún, los bolcheviques utilizaron técnicas que podían parecer bastante sencillas comparadas con las utilizadas en EEUU y Europa durante la posguerra.⁵⁴ En ese sentido, el culto a la personalidad de Lenin, por ejemplo, no estuvo lejos de otros, como el que pudo observarse luego con Ronald Reagan.⁵⁵ Este cambio de enfoque puede aplicarse también para la cuestión de la censura, que no sólo funcionaba de modo preventivo sino que también podía hacerlo de manera constitutiva, en el sentido de diseminar información y ayudar a crear un nuevo lenguaje.⁵⁶ En ese sentido se destaca el desempeño y la colaboración del clero, por ejemplo, ya que su habilidad para expresarse en público y su formación cultural le permitía intervenir como agente de propaganda, aunque no sin falta de tensión.⁵⁷

Un aporte significativo lo introdujo Katerina Clark con su libro *Petersburg: Crucible of Cultural Revolution*.⁵⁸ Centrándose en el lugar que San Petersburgo ocupó dentro de la cultura rusa, la autora se corre de 1917 como momento fundacional y se remonta casi una década atrás para ver el rol desempeñado por la cultura letrada y, especialmente, por la acción de las vanguardias y de los *intelligenty* en la generación de un clima revolucionario. La búsqueda de un utopismo estético, la idea de purificación y el rechazo del mercado fue lo que fogueó el clima, creando así el “ecosistema” de la Revolución. Es significativo el abordaje que la autora realiza de la vanguardia artística, a la que caracteriza como la encarnación de un “milenarismo perceptual” y que fue lo que permitió que los artistas conectaran con el proceso revolucionario más allá de sus intereses particulares o su adscripción al socialismo.⁵⁹

El trabajo de Clark es sólo un ejemplo notable de las nuevas investigaciones en ese sentido. Aquí se destacan otros trabajos como el de Lynn Mally,⁶⁰ para el estudio de la formación de una cultura proletaria durante la década de 1920, el de James van Gelder,⁶¹ para el estudio del rol jugado por los festivales y las conmemoraciones en la creación de una nueva identidad revolucionaria y los textos de Catriona Kelly y David Shepherd, fundamentales para abrir nuevas perspectivas y temáticas, como el consumo, las identidades y el género.⁶²

El cambio más significativo haya sido tal vez una reconsideración de lo que se entendía por “revolución cultural”, concepto fundamental para comprender la cuestiones estéticas durante el periodo revolucionario. La idea había sido establecida y desarrollada a fines de la década de 1970 por Sheila Fitzpatrick, quien identificaba a la revolución cultural con un período determinado (1928-1931) que coincidía con el lanzamiento del Primer Plan Quinquenal y con una serie de acciones puntuales como la purga de la *intelligentsia* burguesa, las acciones iconoclastas y el desarrollo de una guerra de clases. De esta manera, el concepto quedaba establecido y atado a ese significado particular.

Michael David-Fox revisó este paradigma y buscó ampliar sus alcances, tanto empíricamente como conceptualmente.⁶³ En ese sentido, analizó los complejos vínculos establecidos entre una revolución cultural “interna” (que modeló a la vanguardia y al individuo revolucionarios) y una revolución cultural “externa” (que civilizó y soviétizó a las masas atrasadas). De este modo amplió el marco cronológico y los fenómenos involucrados: ahora es posible hablar de una revolución cultural que se desarrolló con anterioridad a lo que sostenía el viejo paradigma. En su trabajo, el historiador perseguía dos objetivos: por un lado, hacer una historia conceptual de la revolución cultural; por el otro, examinarla como parte de una interpretación mayor del proyecto que los bolcheviques tenían respecto de la cultura.

Así, la revolución tuvo una dimensión cultural significativa y fue implementada durante el desarrollo de un “frente

54 Ver: Peter Kenez, **The Birth of the Propaganda State: Soviet Methods of Mass Mobilization**, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

55 Kotkin, **1991...**, *op. cit.*, p. 402.

56 Ver: Peter Holquist, “‘Information is the Alpha and Omega of Our Work’: Bolshevik Surveillance in Its Pan-European Context”, **Journal of Modern History**, n° 69, 1997, pp. 415-450.

57 Daniel Peris, “Commissars in Red Cassock: former Priests in the League of the Militant Godless”, **Slavic Review**, 54, n° 2, pp. 640-663.

58 Katerina Clark, **Petersburg: Crucible of Cultural Revolution**, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

59 Clark, **Petersburg...**, *op. cit.*, p. 37.

60 Lynn Mally, **Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia**, Berkeley, University of California Press, 1990.

61 James Van Gelder, **Bolshevik Festivals, 1917-1920**, Berkeley, University of California Press, 1993.

62 Kelly Catriona y David Shepherd, **Russian Cultural Studies: An Introduction**, Oxford, Oxford University Press, 1998; Kelly Catriona y David Shepherd, **Constructing Russian Culture in the Age of Revolution, 1881-1940**, Oxford, Oxford University Press, 1998.

63 Michael David-Fox “What is a Cultural Revolution?”, **Russian Review**, 58, n° 2, 1999, 181-201.

cultural" soviético, que se sumaba a los frentes abiertos en la guerra y la economía. La tesis de David-Fox es que si bien la revolución de 1905 y su derrota mostraron la necesidad de una dimensión cultural de la revolución (expresado en las acciones de Vpered, por ejemplo) el concepto recién aparece con pretensiones serias luego de 1917. Ante el avance de la *Proletkult'* y sus misiones proletarias, Lenin desarrolla su proyecto "positivo" de diseminar en las masas los elementos civilizatorios e ilustrados. El concepto se redefine a mediados de los 1920 cuando aparecen elementos del programa "negativo": la revolución cultural se define en términos de "guerra de clases", aunque convive también con el programa civilizatorio.

En ese sentido, es posible distinguir dos modos en los cuales se desplegó la revolución cultural: por un lado, positivo, por el otro, negativo. El primer caso, hace referencia a un programa de ilustración y civilización; el segundo, a una agenda militante antiburguesa y antiespecialista. De esta manera, se puede sostener que se trató de una operación en la cual no sólo la sociedad sino también la cultura en sí misma se convirtieron en sujetos de una reconstrucción activa. La revolución cultural deviene así en una variante soviética y revolucionaria del programa cultural de la modernidad y esto nos lleva a la última de las cuestiones que queremos abordar aquí.

> *La revolución como puerta de la modernidad: ¿un espacio trasnacional?*

Este enfoque sea tal vez el más novedoso, el menos explorado y el de más largo alcance de los reseñados hasta aquí. Sirve, además, para cerrar el círculo abierto en la primera sección, ya que conecta a la Revolución Rusa (y a la URSS) con el resto del mundo de un modo original y fructífero.

Sin dejar de lado las cuestiones anteriormente analizadas, la Revolución Rusa puede ser entendida también como una puerta de entrada hacia la modernidad y, a la Unión Soviética, como una variante de la misma.⁶⁴ De hecho, es un debate actual en el campo, que no ha sido analizado en profundidad, entre los llamados "modernistas", es decir, aquellos que ven a la Revolución y a la Unión Soviética como una modernidad alternativa a la occidental,⁶⁵ y los "neo-traditionalistas", es decir, aquellos que ven a la Unión Soviética como una modernidad en la que se reactualizan aspectos arcaicos.⁶⁶ Los primeros toman en cuenta fenómenos tales como la planificación, medidas de bienestar social, cientificismo y las "disciplinas" del yo; los segundos, cuestiones como redes clientelares, corrupción, mistificación del poder y políticas de "corte" en el Kremlin, entre otros.⁶⁷

Las investigaciones que abordaron la Revolución desde una perspectiva que pondera la modernidad como clave para entender la experiencia de la URSS se destacan por una gran discrepancia respecto del alcance del concepto. Así, por ejemplo, Yanni Kotsonis entiende a la modernidad como una "internalización de la autoridad"⁶⁸ mientras que David Hoffmann la asocia al *ethos* de la Ilustración de una intervención social progresista.⁶⁹ Para Peter Holquist, sin embargo, tiene que ver con las prácticas específicas y las herramientas de ingeniería social y políticas desarrolladas durante 1914-1921.⁷⁰ Stephen Kotkin, por su parte, ve en la producción masiva, la cultura y la política de masas, desarrolladas durante la coyuntura de entreguerras, la clave para entender la modernidad.⁷¹ A pesar de estas diferencias, se pueden observar ciertas tendencias comunes, vinculadas a las agendas y los procesos transformacionales que incluyeron una particular intervención estatal y el desarrollo de los programas de la elite.

Quien ha llamado la atención sobre la división conceptual es nuevamente Michael David-Fox. Este autor sostiene que ambas posiciones siguen sin desarrollar sus conceptos con rigurosidad y que, en ese sentido, "modernidad" termina siendo un término impreciso y, muchas veces, abstracto y teleológico.⁷² Un intento por discutir este pa-

64 Kotkin, 1991..., *op. cit.*, p. 425.

65 Entre otros, se destacan historiadores como Stephen Kotkin, Peter Holquist y David Hoffman.

66 Inspirados por los trabajos de Sheila Fitzpatrick, se destacan aquí historiadores como Matthew Leone y Terry Martin.

67 Fitzpatrick, *Stalinism...*, *op. cit.*, p. 11.

68 Kotsonis, Yanni, "Introduction: A Modern Paradox: Subject and citizen in Nineteenth- and Twentieth-Century Russia", en Hoffman, David y Kotsonis, Yanni, *Russian Modernity*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 1-18

69 David Hoffman, "European Modernity and Soviet Socialism", en Hoffman y Kotsonis, *Russian*, pp. 245-260.

70 Holquist, "Information..." *op. cit.*

71 Stephen Kotkin, "Modern Times: The Soviet Union and the Interwar Conjuncture", *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2, n° 1, 2001, pp. 111-164.

72 Michael, David-Fox "Multiple Modernities vs. Neo-Traditionalism: On Recent Debates in Russian and Soviet History", *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 55, n° 4, 2006, pp. 535-555.

radigma provino desde la pluma de S. Eisenstadt y su idea de “modernidades múltiples”, en la que modernidad y occidentalización no resultan necesariamente idénticas.⁷³ A pesar de su potencial deriva conceptual, no ha captado la atención de los jóvenes investigadores sobre Rusia, dado que estos ya venían explorando alternativas conceptuales al abordar la cuestión de la modernidad en la URSS. Es por ello que David-Fox propone para el caso ruso el concepto de “modernidades enredadas”, en tanto y cuanto permite continuar con la internacionalización de los estudios rusos y dar cuenta no sólo de los paralelos o discontinuidades respecto de la modernidad occidental sino más bien de las mutuas apreciaciones e interacciones producidas a través de las fronteras.

Esto nos lleva a la reconsideración del tiempo y el espacio global de la Revolución y a cambiar el enfoque de la mirada, en el sentido de colocar a aquella dentro de un nuevo espacio transnacional. Nuevamente Michael David-Fox propone recurrir a los aportes que la perspectiva de la Historia transnacional nos permita concentrarnos en los rasgos de la historia rusa/soviética que trascienden los fenómenos internos o domésticos y que nos permita explorar los vínculos específicos o las conexiones con otros países y campos. Uno de ellos es precisamente el de las apropiaciones dentro del sistema internacional de la modernidad, lo cual ayudaría a superar la discusión estéril de si la URSS era moderna por derecho propio o si sólo se limitó a incorporar, adaptar o rechazar elementos modernos.⁷⁴

Desde un enfoque de este tipo, la historia de la Revolución dejaría de centrarse en explicaciones domésticas y ampliaría su rango de un modo exponencial. El propio espacio de la Revolución se transformaría para empezar a pensarse no a través de las rígidas fronteras de los estados nacionales (algo que, por otra parte, Rusia nunca fue) sino a partir del nuevo lugar en donde los fenómenos anteriormente enunciados se conectan, se potencian y se transforman. El estudio de la Revolución así adquiere una dimensión más amplia y se proyecta de un modo global sobre toda la historia del siglo XX.

Consideraciones finales: ¿cómo narrar hoy la historia de la Revolución?

El breve recorrido que hemos trazado invita al lector a reflexionar sobre los límites en el modo de entender la Revolución Rusa desde la perspectiva histórica y política que planteó la izquierda tradicional durante el siglo XX. Los relatos centrados en el Partido bolchevique, las figuras de Lenin y Trotsky y el desempeño de la clase obrera, por ejemplo, han servido más para autolegitimar las posiciones políticas que nuestro entendimiento de un suceso clave. Notablemente golpeada por la caída de la URSS, los relatos de esta izquierda pierden impacto y capacidad de análisis al incluir las fuentes dentro de esquemas teóricos que no dan cuenta de la complejidad. El relato de la revolución, a pesar de su proclamado objetivo, sirve más para oscurecer que para iluminar tanto el actual conocimiento histórico como las futuras prácticas emancipatorias.

Tampoco parecen ser hoy una opción la adscripción directa a los modos en los cuales solían narrar la Revolución tanto la Escuela del Totalitarismo como el revisionismo. Ambas corrientes han quedado un tanto desacreditadas luego del fin de la URSS y gran parte de su arsenal teórico parece haber quedado un tanto desactualizado. Los vicios ideológicos de la soviología clásica poco tienen para aportar al debate actual (aunque quieran resurgir sigilosamente disfrazados) y el revisionismo no ha sabido adecuarse con soltura a los nuevos enfoques teóricos. Sin embargo, los aportes aquí reseñados tampoco parecen ser una solución definitiva, ya que si bien muestran muchas claves en términos empíricos y teóricos, también han dejado de lado la construcción de un relato coherente y articulado. En muchos de ellos también se percibe la idea de una continuidad entre la Rusia prerrevolucionaria y la actual, sólo interrumpida por el experimento que inauguró 1917, y una reactualización de los prejuicios liberales.

¿Cómo narrar hoy la Revolución? De todo lo expuesto quisiéramos mencionar aquí dos grandes cuestiones que sin dudas mejorarían nuestro acercamiento a la historia de la Revolución Rusa y a su proyección sobre nuestro presente. En primer lugar, el rescate de lo multidimensional. Los nuevos estudios han demostrado que para narrar una historia de la Revolución debemos alejarnos de los relatos limitados, parciales y unidimensionales. No sólo en cuanto al sujeto de la revolución, sino también respecto de variables como el espacio, el tiempo, los modos en los cuales se estructuró el poder, las relaciones entre capital e interior y los distintos conflictos que se desarrollaron entre 1914 y 1922. Sólo así podremos contar un relato que dé cuenta de la dimensión global de la Revolución, sus efectos sobre

73 Eisenstadt, Shmuel, “Multiple Modernities”, *Daedalus*, 129, n° 1, 2000, pp. 1-29.

74 David-Fox, Michael, “The Implications of Transnationalism”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 12, n° 4, 2011, pp. 885-904.

los sujetos, las prácticas alternativas en términos políticos y sociales y sus potencialidades como transformación radical de la sociedad que hicieron que se convirtiera en el faro de varias generaciones de revolucionarios.

En segundo lugar, no es menor el aporte que han realizado los estudios culturales y aquellos basados en la perspectiva transnacional. Sus análisis y descubrimientos nos llevan a revisar el espacio, el tiempo y los alcances de la Revolución en términos holísticos. Si durante décadas los estudios se focalizaron en la política y la dinámica social de Rusia, los nuevos estudios nos permiten ver la importancia de la cultura y los flujos de ideas, símbolos y prácticas para la transformación radical de la realidad. En ese sentido, la Revolución fue un movimiento mucho más que social y político. El actual contexto globalizador en el cual lo cultural juega un rol fundamental en términos de espacio en donde se juega la dominación y la lucha es un indicador del lugar que estos mismos aspectos pudieron haber tenido en el pasado. De este modo, cualquier historia de la Revolución debería otorgarle un lugar destacado, sobre todo en un espacio como Rusia donde las prácticas culturales y artísticas desempeñaron un rol fundamental en las décadas previas y durante la Revolución.

Para finalizar, quisiera proponer una aclaración metodológica. Más allá de que una de las premisas fundamentales de la historia es recordar el pasado, creemos que también es necesario incorporar la producción de un “olvido activo”. Un objeto de estudio como la Revolución Rusa tiene una carga simbólica importante para todos aquellos que aspiramos a construir un futuro distinto al actual. Es ello, entre otras cosas, lo que nos invita a desarrollar una filiación con esos ancestros y no con otros. Pero esto no debe ser una veneración acrítica, ya que así el pasado no sería tanto una fuente de inspiración y de sentido para la acción del presente sino una carga. Como sabía el propio Marx, recordar las gestas del pasado puede ser tan importante como “desprenderse alegremente de ellas”, en el sentido de no repetir ese pasado sino construir un nuevo futuro.⁷⁵ Es por ello que es fundamental realizar una elección del legado y dejar de lado aquello que pueda significar un obstáculo para las prácticas concretas. Ya que no es posible rescatar todo del pasado, hay que producir un olvido activo pero diferente del que generaron las clases dominantes. Lo que se propone es plantear un debate abierto, y no una simple omisión, para que podamos seguir avanzando en el camino de la transformación radical de la sociedad.

Gran parte de las condiciones de opresión e injusticia que llevaron a los hombres y mujeres a rebelarse en 1917 siguen estando presentes hoy, a través de la presencia global del mercado y del Estado. Revisar la experiencia de la Revolución Rusa, estudiar sus ideas, prácticas y efectos reales nos facilitará la reconstrucción de una narrativa a cien años de su inicio que no sólo nos ayude a comprender mejor ese pasado sino que también, y acaso esto sea lo más importante, nos permita echar luz sobre nuestro viciado presente para así poder proyectar reflexiones y acciones para un futuro radicalmente diferente.

75 Ver: Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga **Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2006, pp. 172-180.

Resumen

Los estudios sobre la Revolución Rusa estuvieron fuertemente dominados por los contextos de producción en los cuales se inscribieron, como la Guerra Fría o la desestalinización. La disolución de la URSS en 1991 supuso un quiebre notable en ese sentido, ya que se observaron cambios en las perspectivas teóricas, un mejoramiento en el acceso a las fuentes y nuevos marcos políticos. A casi cien años de la Revolución, este artículo repasa las principales transformaciones en la historiografía en las dos últimas décadas: las temáticas que prevalecen, los nuevos aportes y las narrativas emergentes. De esta manera, cuando las condiciones actuales de vida siguen siendo en varios sentidos las mismas que animaron a los protagonistas de 1917, se busca aportar elementos para narrar hoy una historia de la Revolución que ayude a comprender mejor tanto ese pasado como nuestro presente.

Palabras claves

Revolución rusa; Centenario; Historiografía.

Abstract

Studies about Russian Revolution were strongly dominated by the contexts in which they were enrolled, as the Cold War or the de-Stalinization. The dissolution of the USSR in 1991 was a significant break in that sense and some changes were observed: in the theoretical perspectives, in the improved access to sources and in the new political frameworks. As we are reaching the Centenary of Revolution, this article reviews the main changes in historiography observed during the last twenty years: the themes that prevail, the new contributions and the emerging narratives. Thus, when the current living conditions remain in many ways the same as they encouraged the protagonists of 1917, it seeks to provide some elements to narrate a history of the Revolution that gives us a better understanding of the past as well of our present.

Keywords

Russian Revolution; Centenary; Historiography.